

Jan De Vos*

TEXTOS ENCONTRADOS:
LA REBELIÓN ZAPATISTA EN LA VOZ DE TRES
ESCRITORES CHIAPANECOS

Resumen

Este ensayo presenta los textos de Eraclio Zepeda, Juan Bañuelos y Efraín Bartolomé, tres escritores chiapanecos que fueron conmovidos por la rebelión zapatista de 1994. Es una breve incursión en sus obras literarias sobre tal evento que ilustra posiciones y voces muy distintas, las cuales reflejan los amores y los odios que afectaron a la sociedad chiapaneca tras la aparición del movimiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

UNCOVERED TEXTS:

THE ZAPATISTA UPRISING IN THE WORKS OF THREE WRITERS FROM CHIAPAS

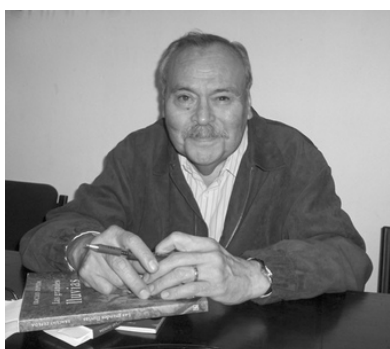
Abstract

This essay discusses the work of Eraclio Zepeda, Juan Bañuelos, and Efraín Bartolomé, three writers from Chiapas for whom the Zapatista uprising in 1994 was a literary spark. Even a cursory inspection of how they deal with the event brings to light distinct positions and viewpoints, which themselves reflect the loves and hates that have afflicted Chiapan society since the Zapatista Army of National Liberation (EZLN) first appeared on the scene.

La rebelión zapatista no produjo mayor resonancia en las obras de los escritores mexicanos considerados como “de primer nivel”, al grado que éstos casi se dejan contar con los dedos de la mano. En este grupo reducido hay tres autores oriundos de Chiapas que, precisamente por ser nativos de este Estado, se sintieron más directamente interpelados por el movimiento armado. Se trata del cuentista Eraclio Zepeda y de los poetas Juan Bañuelos y Efraín Bartolomé. En el presente ensayo quiero dar una lectura de los textos donde estos tres escri-

* Jan De Vos (belga) es doctor en filosofía y letras (especialidad historia) por la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Actualmente es investigador titular del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) del Sureste, con sede en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas. Su dirección de correo electrónico es devos@ciesas.edu.mx.

tores se dejaron conmover por aquella rebelión desde posiciones y con voces muy distintas. Los llamo “encontrados” en los dos sentidos que esta palabra tiene: por haberlos buscado y seleccionado en el conjunto de su obra; y por haber encontrado en ellos no sólo voces diversas sino enfrentadas. Los tres autores mencionados figuran entre los mejores escritores que México tiene actualmente. Con los dos primeros me une, desde hace años, una ya vieja amistad; al tercero lo conozco sólo por su obra. En mi reflexión intentaré combinar, en la medida de lo posible, la emoción que la lectura de la obra del trío chiapaneco suele producirme, con la mirada crítica que me impone mi disciplina de científico social. Procuraré interrogar a estos admirados autores sobre los motivos y la manera en que se dejaron interpelar por el movimiento rebelde que en 1994 estalló en las montañas y selvas de su tierra natal.



ERACLIO ZEPEDA nació en 1937, en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, capital de Chiapas. Después de buscar inicialmente su suerte en la poesía, se dedicó a escribir cuentos, género literario en el cual pronto destacó y ahora es reconocido, dentro y fuera de México, como uno de los mejores autores en esta rama de la literatura. Son muy conocidos y muy apreciados por un público muy amplio de lectores *Benzulul* (1960), *Asalto nocturno* (1974) y *Andando el tiempo*

(1980). Zepeda ha llevado también una vida comprometida políticamente, llegando a ser en 1982 candidato a diputado federal por el Partido Comunista Mexicano y, en 1992, candidato a ocupar la presidencia de la república. Sus últimos cargos públicos fueron, de 1996 a 1998, el de secretario de Gobierno en el estado de Chiapas y, de 1998 a 2000, el de embajador de México ante la UNESCO. Antes de dar esos dos últimos giros políticos, había sido invitado a prologar un libro con reportajes sobre la guerra de doce días (del 1 al 12 de enero de 1994) que se libró en Chiapas entre las tropas rebeldes y gubernamentales. Se trata de una antología de textos y fotografías, publicada en 1994 bajo el título *Los torrentes de la sierra: rebelión zapatista en Chiapas*.¹ El prólogo de Zepeda es, sin duda, el cuento más breve que haya escrito en su vida. Lleva como título

¹ Luis Humberto González, compilador, *Los torrentes de la sierra: rebelión zapatista en Chiapas* (México: Editorial Aldus, 1994).

“Viene de lejos”² y su lectura me conmovió de tal manera que lo pedí prestado, junto con el del libro que el texto prologa, para que sirviera como encabezado de uno mío de título *Vienen de lejos los torrentes* y que aún está en proceso de redacción.



JUAN BAÑUELOS es cinco años mayor que Zepeda, ya que nació en 1932, en la misma ciudad de Tuxtla Gutiérrez. Se ha dedicado, casi exclusivamente, a la escritura de poesía. Publicó, junto con Eraclio Zepeda, Jaime Shelley, Jaime Labastida y Oscar Oliva, los volúmenes colectivos *La espiga amotinada* y *Ocupación de la palabra*.³ Con su libro *Espejo humeante* ganó en 1968 el Premio Nacional de Poesía.⁴ Después publicó varios libros más, entre ellos *No consta en actas* (1978), *Destino arbitrario* (1982) y *El traje que vestí mañana* (2000). Actualmente reside en la ciudad de Tlaxcala, desde donde colabora con las más importantes revistas y suplementos culturales de Méxi-

co y Latinoamérica. Los textos que se relacionan de alguna manera con la rebelión se encuentran en la parte final de *A paso de hierba: poemas sobre Chiapas*, libro que fue publicado en 2002 y recoge todos los poemas que Bañuelos ha dedicado a su tierra natal.⁵ Bajo el subtítulo *De la colmena*, el poeta ha reunido allí 16 poemas de reciente factura, de los cuales por lo menos seis fueron escritos a partir de la sacudida moral y cultural que la insurrección zapatista produjo en él. De estos he seleccionado dos: “El correo de los bosques” (págs. 154–157) y “No vive ya nadie en mi país” (págs. 114–115).

² Eraclio Zepeda, “Viene de lejos”, en González, compilador, *Los torrentes de la sierra*, págs. 14–15.

³ *La espiga amotinada* (México: Fondo de Cultura Económica, 1960); y *Ocupación de la palabra* (México: Fondo de Cultura Económica, 1965).

⁴ *Espejo humeante* (México: Editorial Joaquín Mortiz, 1968).

⁵ *A paso de hierba: poemas sobre Chiapas* (Puebla, México: Secretaría de Cultura, 2002).



EFRAÍN BARTOLOMÉ es el más joven y, hasta la fecha, el menos reconocido, lo que no significa que es el menor de los tres en cuanto a talento literario se refiere. Nació en la ciudad de Ocosingo en 1950, y ha publicado casi exclusivamente poesía. Entre sus libros destacan *Ojo de jaguar*, *Música solar*, *Música lunar*, *Corazón del monte* y *Oficio: Arder* (Obra Poética, 1982–1997).⁶ En medio de esta producción poética, que impresiona tanto por su calidad como

por su prolijidad, el autor sorprendió a propios y extraños, al publicar, en 1995, un texto en prosa: *Ocosingo: diario de guerra y algunas voces*. Es el testimonio ocular y auditivo del enfrentamiento sangriento que se dio en su poblado natal, durante los primeros días de enero de 1994.⁷ Es texto, asimismo, objeto de análisis en el presente ensayo, porque contiene una serie de páginas donde Bartolomé evoca, con gran nostalgia, el viejo mundo ranchero que él ve derrumbarse para siempre bajo las botas de milicianos zapatistas y soldados federales por igual. Complemento este testimonio en prosa con un poema de Bartolomé, escrito en 1992, es decir, antes de la rebelión, por ser un himno al valle de Ocosingo, a su pasado milenario y a su hermosura natural, y por esta razón ser un preámbulo a las evocaciones nostálgicas que aparecen en el libro de 1995.

LA REBELIÓN ZAPATISTA EN LA VOZ DE ERACLIO ZEPEDA

Viene de lejos es el único texto que Zepeda escribió sobre la rebelión, pero es un acercamiento bastante acertado y completo a ella, de manera que conviene transcribirlo aquí íntegro. En él está hablando un verdadero maestro, capaz de tocar, con muy pocas palabras, el meollo del drama que significó la toma zapatista de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, en aquella memorable madrugada fría del 1 de enero de 1994. Escuchémosle primero, antes de someterle a nuestras preguntas y miradas críticas. Escribe Zepeda:

⁶ *Ojo de jaguar* (México: UNAM, 1980); *Música solar* (México: Editorial Joaquín Mortiz, 1984); *Música lunar* (México: Editorial Joaquín Mortiz, 1991); y *Corazón del monte* (México y Saltillo, Coahuila: Coordinación Nacional de Descentralización, Instituto Coahuilense de Cultura, 1995).

⁷ *Ocosingo: diario de guerra y algunas voces* (México: Editorial Joaquín Mortiz, 1995).

Cuando las aguas de la creciente derrumban las casas, y el río se desborda arrastrando todo, quiere decir que hace muchos días que empezó a llover en la sierra, aunque no nos diéramos cuenta, me dijo don Valentín Espinosa.

Estábamos hablando de cómo fue que de pronto vino la guerra a caer en estas tierras.

Y nos pusimos a platicar de tantas maldades que les han y les hemos hecho a la indiada. Es que desde el principio de los tiempos, cuando empezamos a hablar en castilla, fuimos a darles duro, al palo y sin zacate. Si tenían tierras buenas, a quitárselas íbamos. Que si el río lamía sus tierras y bien se navegaba en sus aguas, nuestras eran. Para ellos el cerro y los pedregales. ¿Que sus abuelos se las heredaron? ¡Pues nuestros padres se las quitaron!

—La poca tierra que les dejamos sirvió para que sembraran lo que a nosotros nos hacía falta, para pagárselas, cuando se les pagaba, a como nosotros queríamos...

—Pero eso fue hace mucho tiempo, don Valentín...

—Mucho para nosotros, para ellos fue ayer, y la cicatriz no cierra todavía.

Y me quedé viendo la iglesia, y los palacios y la plaza, todo de piedra labrada. Y pensé en las manos que labraron.

—En todo están sus manos. No te equivoques, dijo don Valentín.

Y me quedé pensando en todo lo que había conocido desde niño: los caminos, los puentes, las presas, los aljibes, los pozos, los cimientos, las casas. Y en todo advertí la mano de los indios.

—¿Y dónde viven?, preguntó don Valentín.

—Fuera de todo lo que hicieron, contesté.

—¿Y dónde mueren?

—En cualquier parte. De cualquier cosa.

—¿Y de qué te sorprendes?, volvió a preguntar.

—¿Sorprender?

—De lo que estás mirando... y don Valentín extendió el brazo para que su mano describiera el mundo.

Y fue entonces cuando vimos las botas de hule nuevecitas hasta abajo y las gorras nuevas hasta arriba, y las mochilas en la espalda, y los uniformes ciñendo el cuerpo, y las escopetas en las manos, y las lanzas en las manos del otro compañero, y las miradas dispuestas debajo de las gorras.

—¿A dónde van?, les preguntó una mujer.

—A la guerra, contestó un niño arreglando su mochila.

—¿Contra quien?

—Contra el tiempo, contestó un viejo que amarraba la punta de su lanza.

—¿Por qué a la guerra, don Valentín?, quise saber.

—Esto viene de lejos. Cuando el río crece quiere decir que desde hace tiempo se están preparando en la sierra los torrentes.

No cabe duda que estas líneas fueron escritas poco tiempo después de la toma de San Cristóbal de Las Casas, antigua capital de Chiapas, por los zapatistas, aquel 1 de enero de 1994. Dos mestizos, uno joven y el otro adulto, ven e interpretan la llegada de los rebeldes indígenas desde la acera de una calle de la ciudad. Los soldados que les contestan también son dos e igualmente de edad diferente: un niño y un viejo. A través de unas pocas preguntas nos enteramos de la centenaria explotación de la población indígena por parte de españoles y criollos. El viejo mestizo tiene el valor de identificarse con aquellos opresores; así lo indica el plural que aparece en sus respuestas: “cuando empezamos a hablar castilla, fuimos a darles duro”. Es admirable la manera concisa pero sugerente en que el autor evoca la enajenación de bienes y personas que la población indígena sufrió a manos de sus amos mestizos. Aún más admirable es la manera en la cual introduce sutilmente el cambio de posición en el diálogo de los dos mestizos: primero es el viejo que da las repuestas, después es el joven, vencido y convencido por las evidencias que ve. Así el lector es llevado con verdadera maestría a la conclusión inevitable: la herida recibida por la población indígena es muy vieja y la cicatriz aún no cierra; a los rebeldes les sobran razones para tomar las armas e ir a la guerra.

Muchos en Chiapas admiraban a Zepeda, en primer lugar por su extraordinario talento de cuentero y cuentista, pero también por su cercanía a la población indígena y su larga trayectoria de luchador en movimientos y partidos de izquierda. Pero poco tiempo después de haber publicado *Viene de lejos*, el autor tomó la decisión —inconcebible para la mayoría de sus amigos y compañeros de lucha— de entrar a formar parte del gobierno chiapaneco en una coyuntura de abierta represión contra el movimiento zapatista y sus bases de apoyo. Durante los dos años en que estuvo de secretario de Gobernación, se le derrumbó la imagen que había construido a lo largo de toda una vida. Después de retirarse anticipadamente de aquel cargo ominoso, entró en un silencio prolongado, tanto a nivel privado como público. Dedicó ese largo retiro a un proyecto muy ambicioso: la escritura de una tetralogía histórica, de la cual dos tomos ya han sido publicados: *Las grandes lluvias* (México: Fondo de Cultura Económica, 2006) y *Tocar el fuego* (México: Fondo de Cultura Económica, 2007). En imitación de Marguerite Yourcenar, autora de la famosa trilogía *Le labyrinthe du monde* (Paris: Gallimard, 1974, 1977 y 1988), combina la historia familiar propia con la del entorno social y político de Chiapas durante los últimos dos siglos.

El texto *Viene de lejos* es, pues, una *avis rara* en el conjunto de la obra de Zepeda: es un cuento, sí, pero también una clara toma de posición en favor de la liberación de los indígenas enarbolada por las tropas zapatistas. Y todo esto puesto en un contexto histórico de larga duración, utilizando con gran maestría

el diálogo como herramienta de expresión literaria. El texto brilla con una luz muy propia, si lo comparamos con el resto de la obra del autor y tomamos en cuenta su negativa de ser identificado como “escritor indigenista”. Al contestar a los críticos que querían calificarlo como tal después de la publicación de *Benzulul*, Zepeda había afirmado entonces: “Escribí sobre indios porque eran las personas que mejor conocía. Si hubiera conocido cosmonautas hubiera escrito sobre cosmonautas”. Es decir que no existía en él nunca la identificación con la llamada “causa indígena”. Recordar aquella puntada podría ayudar a entender la facilidad con la cual Zepeda pudo olvidar lo escrito en 1994, dándole un valor puramente circunstancial.

LA REBELIÓN ZAPATISTA EN LA VOZ DE JUAN BAÑUELOS

Entre Eraclio Zepeda y Juan Bañuelos el contraste no podría ser mayor. El primero se fue alejando cada vez más de la causa zapatista, a pesar de haber escrito inicialmente un texto hermoso en abierto apoyo a la misma. El segundo se fue identificando cada vez más con aquella, pero en vano uno buscaría en su poesía reciente una referencia explícita al compromiso político que indudablemente tuvo y sigue teniendo con el movimiento. Como miembro activo de la CONAI (Comisión Nacional de Intermediación) durante los últimos diez años, Bañuelos estuvo directamente involucrado en el proceso de negociación que en 1995 se inició entre los rebeldes y el gobierno federal. Sus viajes continuos a los Altos de Chiapas y la Selva Lacandona le abrieron de repente el mundo mágico de los pueblos indígenas chiapanecos. Niño mestizo de las tierras bajas del río Grijalva (véase su poema “Estelas de los confines” sobre el cañón El Sumidero) y habitante de las ciudades mexicanas (Tuxtla Gutiérrez, México, D. F. y Tlaxcala), descubrió de repente la riqueza inspiradora de la herencia indígena, aún muy presente en los “usos y costumbres” de las comunidades campesinas mayas. Afortunadamente, supo mantener su quehacer poético siempre muy separado de su activismo político. Nunca este último influyó en la forma o el contenido de los poemas que escribió bajo la inspiración directa de visitas a los pueblos indígenas de Oventic, La Realidad, Oxchuc y Chenalhó. Aunque restringidos en el tiempo y en el espacio en cuanto a su factura, estos poemas toman el vuelo, intimista y universal a la vez, que caracteriza toda su obra. No son fáciles de entender para los que no están familiarizados con la estructura poética muy propia de Bañuelos y con el contexto sociopolítico que los vio nacer. He escogido el más accesible de ellos, “El correo de los bosques”, escrito en San Cristóbal de Las Casas en 1995 “en espera de una tregua de paz”. He aquí la transcripción de este bello poema:

*No pasa nada
No pasa nadie
Su sombra se filtra
entre los dientes de la guerra*

*–En la puerta de la selva las arañas
terminan por tejer
el cerco*

*Con los labios de arena cuando niño se tragó un botón
de su camisa. Cuando joven el hueso de una fruta. En su
madurez vuela en avionetas, libra retenes, conduce el auto
por caminos cinéreos de herradura, recorre a pie veredas
y cañadas empapado de llovizna. Ahora, va y vuelve
atragantado por antorchas de fuego y palabras.*

*–El que entra en la ciudad
tan silvestre
como un sueño de ardilla*

*El que guía a las nubes
por el atajo de los topos*

*El que habla con el zumbido
de un insecto arrinconado*

*(Los hongos gritos de su cráneo
coagulan el pulso del jaguar)*

El mismo deja de existir

Es la hierba sin nombre

Un enigma de selva guarda en sus maneras.

*Con los anteojos de seminarista pasa desapercibido
entre la gente. Si acaso, llegan a confundirlo
si cruza por el liceo Fray Matías de Córdoba:
“Buen día, profesor”.*

*Qué serenidad envuelta en el pañuelo de los árboles
desanda su mirada.*

Atezado por el sol trae follajes grabados en su rostro.

*—Ay si el miedo moliera la nada
Hay el tiempo
sin padre*

*El halcón vive de cazar a
sus semejantes: garras
y ojos inquisidores son
tan crueles como sus plumas*

*Los jejenes
borran la sombra de las hojas*

*Las cigarras
se nutren de rocío*

*Nosotros
de hojarasca*

*(Entre la hierba-ya crecida
quedan algunos huesos blancos).*

—Si tan sólo se escuchara el ladrido de un perro

Amanece pero no es el día

Rezanderos:

*—Que su jícara
siempre tenga
agua*

*—Que no se vuelva
liebre su maíz
ni su bejuco*

*—Que no camine
en balde bajo
la luna*

*—Que nunca más
la paja de la choza
ahogue su respiro
y que el incienso
eleve su humo*

*—Que no se pare
la mariposa negra
en su verdura*

*—Las piedras hambrientas
cuidan —desde ahora—
su pulso*

—Los hombres sin rostro comen luz

Este poema sólo se entiende a partir de su contexto. Bañuelos nos facilita la tarea al poner inmediatamente después del título, entre paréntesis: (*En espera de una tregua de paz*), seguido de una cita de T. E. Lovejoy en cursivas: *El bosque tropical es la más grande expresión de la vida sobre la tierra*. Además de estas dos frases introductorias, nos ayuda también la nota al pie de página con la que el poema concluye y que está igualmente puesta en cursivas: *San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 1995*. De esta manera el texto está situado en el espacio y en el tiempo e intuimos, además, en qué condición lo escribió: esperando, en calidad de miembro de la CONAI, a un mensajero que venía de la zona rebelde con noticias relacionadas con el proceso de paz. El poema se deja leer y entender desde este escenario muy concreto: un campesino zapatista llega desde la Selva Lacandona a la ciudad de San Cristóbal de Las Casas y deambula desapercibido por sus calles. En el camino de ida, ha podido pasar sin mayor problema los retenes militares del ejército mexicano y es de esperar que así sea también para su regreso. Por eso están, al final, los conjuros de los rezanderos (indígenas) que el poeta evoca para que acompañen al correo en su caminar. Tres frases, a primera vista muy enigmáticas, parecen aludir al movimiento zapatista: “Va y viene atragantado por antorchas de fuego y de palabras”, “Amanece pero no es de día” y “Los hombres sin rostro comen luz”. Están cargadas con imágenes que suenan muy familiares para los que hemos oído o leído los discursos zapatistas.

Pero ésta no es la única lectura que podemos dar al poema. Más allá del mundo chiapaneco *hic et nunc* representado aquí, el autor nos sugiere, gracias a las metáforas utilizadas, unas realidades —tanto naturales como humanas— de dimensiones mucho más amplias: el mundo misterioso de cualquier bosque tropical, el andar solitario de cualquier hombre silvícola, la ominosa presencia de cualquier ejército opresor, la fuerza mágica de cualquier conjuro. Al convertir así un evento coyuntural en un acontecer cargado de símbolos universales, ha producido una verdadera obra de arte. Esta capacidad de sublimar lo cotidiana-

na y circunstancial no es algo dado, sino es el resultado de un largo y doloroso proceso, donde estética y ética van de la mano. En una reflexión sobre su propio oficio, lo expresó con las siguientes palabras:

Con los indígenas aprendí profundamente, aun dentro de su lacerante miseria, lo que es la dignidad y la humildad. Con ellos aprendí que la imaginación es el tañido de la sangre. Yo creo que la poesía será un elemento básico cuando en la tierra hablen verdaderamente los hombres y no los bárbaros. La poesía es una laboriosa práctica del lenguaje que cuenta apenas en el presente con un público muy restringido, pero sin ella la humanidad terminaría suicidándose... Para ser parte de la creación, el poeta debe morir muchas veces en sus poemas y destruir el Yo, símbolo del vacío e imagen de la vida contemporánea. Bien lo dijo Jacob Boehme hace siglos: "Aquel que no muere antes de morir, está perdido cuando muere". Los poetas debemos seguir bailando a la orilla del cráter, porque la vida es una danza; hay que repetir el drama de la humanidad. Hay que realizar el viaje oscuro, doloroso y sagrado hacia los mitos, que son la belleza y la existencia misma.⁸

De este acercamiento al mundo indígena, poco conocido por el autor antes de la sacudida de 1994, brotaron también los demás poemas escritos a raíz de sus andanzas en Los Altos y selvas de Chiapas en calidad de miembro de la CONAI: "Lienzo de las tejedoras" (Oventic - La Realidad, 1996), "Hojamarga" (San Pedro Nixtalucum), "Parábola de la persuasión" (La Realidad, 1996), "Hacer costumbre" (Chenalhó, 1998), "Epigrama" (La Realidad, 1998), "El ciego" (Acteal, 1998), "Mutaciones". Junto con otros poemas, escritos antes de 1994 pero igualmente inspirados en el mundo indígena, formarán un nuevo libro dedicado a la "Memoria Maya", aún en proceso de redacción. Entre aquellos figuran poemas como "Coyote azul con guitarra", "Palimpsesto", "No vive ya nadie en mí país", "Estelas de los confines", "El descenso de Tzots Choj", "Peregrinos de Oxchuc", "Papá solito" y "Luces intermitentes". Son todos textos que desbordan de amor por los indígenas mayas de Chiapas, como, por ejemplo, la lamentación, al estilo de una jeremiada bíblica: "No vive ya nadie en mí país", dedicada a todos los indígenas y campesinos asesinados y torturados de Chiapas y de México entero:

País emparedado

*Túrbido
Clamante
Soledoso*

⁸ Véase la entrevista de Marco Antonio Campos, incluida en el poemario *A paso de hierba*, pág. 193.

No es la luz

*Es el humo que despierta
con las vísceras del polvo entre las manos*

*Es la herrumbre que expulsan
los desaparecidos*

Son los niños que juegan con las calaveras

*Es la luna que puede distinguir
a cada torturado por su espanto propio*

*Y en las orillas de los párpados
llagas de hambre*

*De pronto
nuestro idioma*

*escupe el aguardiente
de los sepultureros*

*los asesinos vociferan
por el año*

*los vientos de obsidiana barren
el salitre la bruma el vaho rojo
de la matanza*

*el último segundo que precede
a la iluminación*

*—Que el sol se ponga en movimiento
que el firmamento no vuelva a caer sobre la tierra*

*gritan las viudas
techando nuestras frentes*

*con bocas descarnadas
y el ojo muerto de la luna*

*El colibrí ovó
una aurora boreal*

*—Hay un país lejano turbido
tan grande Y otra vez lejano*

LA REBELIÓN ZAPATISTA EN LA VOZ DE EFRAÍN BARTOLOMÉ

Ya mencioné la distancia que existe entre Juan Bañuelos y Eraclio Zepeda en cuanto a la posición política que ellos tomaron frente al movimiento zapatista: el primero declarándose desde el principio abiertamente en favor de los rebeldes; el segundo optando finalmente por formar parte de un gobierno que los reprimió. Sin embargo, los escritos de ambos aquí presentados aún no revelan esta diferencia, ya que en ellos vibra la misma indignación por la marginación del indígena chiapaneco y la misma simpatía por el levantamiento armado. Este tipo de acercamiento compasivo está totalmente ausente en la obra de Efraín Bartolomé. Al contrario, este poeta nacido en Ocosingo y obsesivamente enamorado de la belleza de su terruño, interpretó, desde el primer día, la irrupción de las tropas zapatistas en su pueblo como el derrumbe del mundo finquero al que pertenecía por lazos familiares y afinidades estéticas.

La rebelión lo sorprendió en la casa de sus padres el 1 de enero de 1994 y lo obligó a ser testigo presencial de la sangrienta batalla que se libró durante los días siguientes en las calles de Ocosingo. Decidió apuntar en un cuaderno todo lo que fue oyendo y viendo, minuto por minuto. Publicó después el resultado en un libro de más de 200 páginas que llamó *Ocosingo: diario de guerra y algunas voces*. La mayor parte la llenan observaciones muy puntuales sobre lo sucedido durante y después de la batalla. Pero, por fortuna nuestra, vienen intercaladas algunas reflexiones sobre lo que había sido hasta entonces, desde su muy particular punto de ver y sentir, la vida en el pueblo de Ocosingo y en las fincas y ranchos del valle circundante. Son estas reflexiones las que revelan la toma de posición del autor frente a la rebelión y sus protagonistas: su identificación con aquel mundo espléndido de potreros, cañaverales y sementeras, que había convertido el valle de Ocosingo en una de las regiones más bellas y prósperas de Chiapas; su aversión hacia los predicadores religiosos y activistas de izquierda, que presumían liberar a la población indígena de la explotación pero en realidad la habían llevado al matadero de una guerra desigual y cruel; su reconocimiento del odio racial que imperaba en la sociedad de Ocosingo y hacía la convivencia particularmente difícil entre indígenas y mestizos; su tristeza por la destrucción del medio ambiente en el valle y en el pueblo.

De aquellas reflexiones, que son nueve en total, selecciono tres porque ilustran, mejor que las otras, la descomposición social y ambiental que según el poeta caracteriza, desde hace ya algún tiempo, su patria chica:

1.

¿De verdad hay racismo en el pueblo?

Desde luego.

“¡Indio! ¡Indio! ¡Indio!”

La palabra hiende el aire con el efecto reverberante de un machetazo sobre corazón de roble.

“Maldito indio”, “indio desgraciado”, “indio tenías que ser”, “los cabrones indios”, “indio jijueputa”, “indio revestido”, “indio renegrido”, “comés como indio”, “montás como indio”, “parecés indio”, “son muy cochinos los indios”, “son unos ladrones”, “toda la partida de indios son iguales”.

O la formación reactiva: “los inditos”, “los indios de alma pura”, “los nobles indios”, “los indios esencialmente buenos”, “los inditos a los que hay que ayudar”, “los indios explotados”, “los indios esclavizados en las fincas”, “los pobrecitos indios”, “los indios que no podrán hacer nada si los ladinos ilustrados no vienen a ponerles la letra en el ojo, el matz en la boca, los ojos en el cielo, las armas en la mano...” (págs. 159–160).

2.

Yo me quedé contemplando la gran plaza del pueblo cubierta de cemento.

La vieja pila colonial destruida por cierto presidente municipal que quiso “renovarla”.

Los hermosos portales, antiguamente blancos, ensuciados ahora por los letreros del comercio.

La preciosa casa de la niña Chayo Solórzano, antes de tía Vidaura, que pudo ser un hermoso centro cultural (un museíto, una casa de cultura), y que ha sido desperdiciada miserablemente y usada para oficinas del Poder Judicial y antes como oficinas del PRI.

Los antiguos tejados hermosísimos que rodeaban la plaza colonial, muy afectados ahora por los chillantes colores y los feísimos edificios “modernos” de las farmacias.

Mi antigua plaza.

Mi antiguo parque de ceibas, truenos, flamboyanes.

Yo no conocí la gran Ceiba que admiró John Lloyd Stephens a mediados del siglo pasado.

Ni conocí los truenos de los años veinte.

Pero sí conocí los magnos flamboyanes que incendiaban el día con estallidos rojos y amarillos, y filtraban el sol con verdes manecitas delicadas, como cerniéndolo.

La verde filigrana en el follaje de los flamboyanes.

Otro presidente mandó tumbar los flamboyanes y sembraron laureles de la India.

En un lugar de flora tan variada se sembraron esos árboles recortables que uniformaron el parque como tanto parque impersonal de la república.

Ab, los presidentes municipales.

“Un vulgo errante, municipal y espeso”.

No queda una sola ceiba en los espacios públicos.

No hay una sola caoba en los espacios públicos.

No hay un solo cedro en los espacios públicos.

La miseria espiritual de un pueblo victimado por el progreso donde parece haberse reunido el peor gusto de los comerciantes, los ganaderos, los petroleros, las fuerzas vivas, la sucia sociedad de aprovechados y mezquinos y canallas.

La gente, pues.

La gente, en suma.

Mi gente (págs. 190–191).

3.

Es cierto que en estos valles fértiles la gente no se muere de hambre: el más pobre hace milpa y frijolar, en tierra propia o en tierra ajena.

Y siembra plátano y tiene colmenas y en cualquier choza pobre hay puercos, guajolotes y gallinas.

Pero hay odio racial.

Pero hay guerra de castas.

Y hay jueces corruptos, funcionarios corruptos, profesores corruptos.

Y comerciantes abusivos de moral envilecida.

Y odio entre ocosingueros y oxchuqueros.

Y penetración lenta de salvadores de almas.

Y agandalle.

Y canallez.

Y, mezclada con todo eso, una capacidad sorprendente de trabajo.

En el rancho: el agricultor y el ganadero.

Estos hombres de piel quemada y manos rudas que se levantan en la madrugada y están en sus ranchos a las cinco para estar de vuelta en el pueblo a las seis, entregando leche que se beberá o se transformará en queso, en crema, en mantequilla.

*Estos hombres de a caballo que ahora conducen camionetas de trabajo.
Estos hombres de mal gusto que producen lo que nos comeremos en las
grandes ciudades.*

*Estos hombres y mujeres que no pudieron estudiar porque tenían que
atender sus ranchos.*

Éstos, a los que la realidad se les vuelve de pronto tan incomprensible.

Y Ocosingo no podrá ser el mismo de antes.

Porque durante un tiempo el odio se acendrará.

Y las llagas no cerrarán fácilmente.

Y los “monstruos del bien” seguirán llegando al valle (págs. 156–157).

Ocosingo: diario de guerra y algunas voces es lo que su título indica: la anotación de lo sucedido en los primeros doce días de enero de 1994 en aquel poblado chiapaneco. Junto con los reportajes que aparecieron en el libro *Los torrentes de la sierra*, documenta con trágica precisión el choque desigual entre los milicianos rebeldes y los soldados del ejército mexicano. Cuando es cuestión de anotar lo que oye y ve, el autor no admite ninguna intromisión subjetiva; se reserva ésta para las reflexiones intercaladas, pero allí apenas si expresa, muy de vez en cuando, su punto de vista sobre el movimiento armado. En los tres textos arriba citados sólo la última frase del primero y del tercero insinúa lo que siente y piensa al respecto: desaprueta, con amargura mal disimulada, a los “salvadores de almas”, a los “monstruos del bien”, a los “ladinos ilustrados” que vinieron a dizque redimir a los indígenas, poniéndoles “la letra en el ojo” (¿los maestros bilingües del Instituto Nacional Indigenista?), “el maíz en la boca” (¿los promotores del Partido Revolucionario Institucional?), “los ojos en el cielo” (¿los agentes de pastoral de la diócesis?) y “las armas en la mano” (¿los guerrilleros del EZLN?). Tiene aversión hacia estos cuatro grupos, aunque especialmente hacia los curas y religiosos, y sobre todo hacia el obispo Samuel Ruiz García, a quien considera como el verdadero responsable de la desgracia. Sólo así cobran sentido las dos terribles citas de William Blake, al final del libro, que leídas en ese contexto se vuelven extremadamente acusadoras:

*Quitad de en medio esa oscura iglesia; quitad de en medio a ese hombre
de sangre. Así habéis quitado para siempre de en medio a la antigua maldición
(pág. 196).*

*Dicen que este misterio nunca ha de aclararse: el cura pregona la guerra;
el soldado, la paz (pág. 200).*

No fue la primera vez que Bartolomé expresaba así su aversión hacia monseñor Ruiz García. Lo hizo de manera mucho más explícita en un poema

que escribió en 1992 bajo el título “Audiencia de los confines” y publicó en 1998 en un fascículo junto con otro poema llamado “Oro de siglos”.⁹ Se trata de un texto extenso (págs. 15–30) donde el poeta evoca la historia del valle de Ocosingo, desde los tiempos prehispánicos hasta la actualidad. Menciona, con nombre y apellido, a los principales personajes cuyas actuaciones dejaron huella en la región, empezando con el héroe prehispánico Votán y terminando, precisamente, con el obispo de San Cristóbal. Hablando de la época donde él mismo ya es parte de la historia local, es decir, de los años 1960–1970, lamenta las dos grandes calamidades que, según él, le cayeron a su terruño: la apertura de la carretera de Palenque a San Cristóbal de Las Casas en 1970 y la ocupación en 1960, allí, de la sede episcopal por “don Samuel” [Ruiz García]. La metáfora poética que utiliza para caracterizar la aparición del prelado —y de su séquito de curas de la teología de la liberación— en el valle edénico de su infancia da la medida de su rechazo a aquellos “redentores”, venidos de fuera. Es de una fuerza escalofriante y sólo se aprecia correctamente al leerla donde y como el autor quiso situarla: al final de su bellísima oda al paraíso perdido. Transcribo aquí los versos iniciales (págs. 15–17) y finales (págs. 27–29) del texto:

Subo al despeñadero

*Me paro en la gran piedra:
el amplio valle duerme bajo el esplendor*

*Esos hilos de agua Esos leves arroyos
Esos bravos torrentes Esos ríos menores
Esos ríos mayúsculos internándose en los huertos de Dios*

*Allá donde mi vista llega apenas
volando lentamente como un águila reina*

*Del bloque gigantesco
que en laderas cada vez menos abruptas
va descendiendo al valle
brotan continuamente manantiales
hilos de agua
torrentes arroyuelos ríos breves y grandes
y al final el río el río mayor el río más grande:
el Río*

⁹ Tomado de Efraín Bartolomé, *Oro de siglos* (México: Editorial Praxis, 1998).

*Y en las fuentes
 en los espejos de agua
en las pozas tranquilas donde ahora duerme el sol
bajo las frondas protectoras
Ahí
 como una gasa leve
como un cendal
 hay rostros
 finas imágenes
quebradas dulcemente por las olas pequeñas:
los diminutos círculos concéntricos que genera una hoja
un viento mínimo
un insecto al pararse sobre el agua
algún fragmento seco un fruto
una gota cuajada poco a poco en la rama*

*Caen
estos minúsculos objetos
 y rompen la delgada figura
la delicada imagen el velo ligerísimo que se asoma en el agua*

¿De quién son estos rostros?

¿Quién habla con nosotros en cada manantial?

*Son las fuentes
 Las fuentes legendarias
Las arterias del valle
 Las raíces del tiempo*

*Escuchan las hormigas
 Lo saben las serpientes
Está escrito en el árbol mayor
 Lo dice el viento
El eco en la montaña
El golpe de las hachas tumbando cedros grandes*

*Éste es mi valle mi casa Yaxbité Ocosingo
Puerta del ocotal Lugar del Señor Negro*

Territorios donde Votán reina en la Noche y en el Día...

*La dinamita resonaba en los bosques
con un temblor lejano y como enfermo*

Los árboles caían

*Los tractores tronaban rudamente
triscando a tropezones entre rocas brutales*

Era mil novecientos setenta:

Ayer

Detrás venían los ciegos automóviles resbalando en el lodo

Y después los camiones de carga

que nos dejaban todo un mundo de plástico

a cambio de maíz de verdad de frijol de verdad

de miel de verdad de café de verdad de toros de verdad

*Los camiones de carga que nos dieron a cambio de una selva
un escualido bosque de postes y de antenas*

Otros hombres vieron en nuestros valles la Tierra Prometida

y esos hombres trajeron la Necesidad

Y la Necesidad engendra redentores

Allá va Samuel Ruiz encabezando un silencioso ejército descalzo

Allá va el santo obispo meneando con su dedo su jícara de sangre...

*A lo lejos la curva del camino hace ver su contingente
como una negra interrogación reptando*

*(Mientras tanto a su sombra el guerrero se prepara:
el caníbal codicia su tasajo con roja encía y afilados dientes)*

Estoy en lo más alto de la peña

Comparado con el valle

el mar tiene horizonte pequeño:

se junta pronto con el cielo

Carece de estos verdes que cambian con la distancia

De estos azules adelgazándose con la lejanía

De estos grises que saben a confín...

“Allá va el santo obispo meneando con su dedo su jícara de sangre”. ¿Qué visión más aterradora la de Efraín Bartolomé! ¿Se trata realmente de la misma persona que en algún momento llegó a ser nominada para el premio Nóbel de la Paz? El juicio del poeta de Ocosingo se encuentra a años luz de la apreciación que le tiene Juan Bañuelos. En una entrevista que le hicieron, éste recordó los momentos en que “don Samuel” le había invitado a acompañarlo a las comunidades indígenas y había podido observar con admiración cómo el obispo unía la palabra del Evangelio con las necesidades de los pueblos indígenas: “Nunca trataba de imponer: intentaba mostrar la vía para que las enseñanzas cristianas enriquecieran sus propias creencias. La respuesta de las comunidades a sus enseñanzas me conmovió hasta la raíz”.¹⁰



Esta breve incursión en la obra de los tres escritores chiapanecos en busca de referencias al movimiento zapatista nos enseña que, más allá del eco que éste les produjo en su calidad de creadores literarios, los obligó también a tomar partido como ciudadanos. Eraclio Zepeda y Efraín Bartolomé optaron por distanciarse de los rebeldes, aunque de modos y en momentos muy distintos; Juan Bañuelos, al contrario, decidió, desde el principio, buscar su cercanía. Zepeda y Bartolomé escriben, a fin de cuentas, desde la lejana capital del país y en la comfortable y aséptica biblioteca de sus casas, convencidos que esta retirada es para ellos la única manera viable de seguir siendo creativos. Bañuelos también continúa escribiendo, pero al mismo tiempo se mueve por las montañas y selvas de Chiapas y saca su mejor inspiración de estas andanzas. Las posiciones encontradas de estos tres escritores reflejan, de alguna manera, los amores y odios que empezaron a desgarrar a la sociedad chiapaneca desde que el EZLN hizo su aparición en ella. Prejuicios y preferencias que siempre habían existido cobraron de repente una virulencia antes nunca imaginada. Sigue esta ruptura del tejido social cobrando su cuota diaria de enfrentamientos y alejamientos lamentables, a nivel personal, familiar y comunitario. Y esta polarización social parece querer seguir imperando un buen rato más, ya que ni el gobierno mexicano ni la comandancia zapatista dan visos de poder o desear retomar el diálogo de San Andrés Larrainzar. Bartolomé, en otra reflexión intercalada de su *Ocosingo: diario de guerra y algunas voces* (págs. 172–173), la ve operar de esta manera en su valle:

¹⁰ Véase la entrevista de Marco Antonio Campos a Bañuelos, incluida en el poemario *A paso de hierba*.

Ricos contra pobres, indios contra ladinos, católicos contra protestantes, ocosingueros contra oxchuqueros.

Y todas las mezclas posibles de esas ocho variables.

Más las variables nuevas al interior de cada categoría.

¿Una muestra?

Va: indios pobres contra indios ricos.

Ladinos pobres contra ladinos ricos.

Indios pobres oxchuqueros contra ladinos ocosingueros pobres.

Indios pobres protestantes contra indios pobres católicos.

Protestantes ricos contra católicos ricos.

Católicos ricos contra católicos pobres.

Católicos ricos samuelistas contra católicos ricos antisamuelistas.

Ladinos ricos pacifistas contra indios pobres, politizados y agresivos.

Ladinos ricos, agresivos, católicos, conservadores, antisamuelistas, ocosingueros, contra...

Guerra de todos contra todos, en esta zona del mundo que arde calladamente bajo la llovizna.

El escenario descrito por Bartolomé se limita a los roces sociales, religiosos y étnicos. Hay que añadirle las divisiones causadas a la convivencia por la militarización de la zona por tres actores enfrentados: insurgentes, soldados regulares y paramilitares. Los tres escritores chiapanecos aquí discutidos estarán de acuerdo conmigo en decir que este diagnóstico aún no está completo si no le integramos también el desgarramiento producido por las rupturas de amistades personales y por las contradicciones que anidan en el corazón de cada quien. También estarán de acuerdo al verme recurrir al poeta romano Catullus para dar expresión a ese sufrimiento y concluir así este breve ensayo sobre la revuelta que causó en sus vidas y obras la rebelión zapatista:

*Odi et amo,
quare id faciam, fortasse requiris.*

*Nescio,
sed fieri sentio
et excrucior.*

*Odio y amo,
tal vez preguntes por qué lo hago.*

*No lo sé,
pero siento que así me sucede,
y eso me tortura.*